

—¿Por qué no quieres hacer nada? ¡Qué marica!... Es preciso ponerle con la cabeza baja y las piernas al aire.

Sergio lo cogió por un brazo.

—Sí, sí—gritamos todos, rodeando á Iline, que se asustó y se puso muy pálido.

—¡Soltadme! ¡me vais á rasgar el traje!—gritó la pobre víctima.

Sus gritos no hicieron más que excitar nuestro deseo. Nos descoyuntábamos de risa, mientras que los vestidos de Iline se rompían por las costuras. Le pusimos de cabeza abajo, lo agarramos por sus mezuquinas piernas y lo levantamos en el aire.

De repente nuestras risas ruidosas cesaron, y siguió un silencio tan profundo, que se sentía la respiración fatigosa del desgraciado Grapp. En aquel momento no tenía yo seguridad alguna de su ridiculez. Le dejamos caer al suelo y todo lo que pudo decir llorando fué: «¿Por qué me atormentáis?»

Cuando vimos aquella cara afligida, hinchada á puro llorar, aquellos cabellos desgreñados, aquellos pantalones tan cortos que dejaban al descubierto las cañas de las botinas sucias y destrozadas, experimentamos cierto malestar y nos callamos mirándonos con risa forzada.

Sergio, á quien Iline en la lucha había dado un puntapié en el ojo, fué el primero en recobrar su aplomo.

—¡Anda, marica! ¡vaya un pingajo!—dijo dándole con el pié.—No se puede bromear con él.

—¡Eres muy malo!—dijo Iline sollozando.

—¡Ah! ¡después de haberme dado una patada todavía se queja!—gritó Sergio tomando un diccionario y tirándolo á la cabeza.—Toma, ¡atrapa eso!

Miré con compasión al pobrecillo tendido aún en tierra. Se tapaba la cara con las manos y lloraba con tal fuerza, que se habría dicho que iba á expirar en una convulsión.

—¡Oh! ¡Sergio!—le dije.—¿Por qué le has hecho daño?

—¡Está muy bien!... ¿he llorado yo acaso cuando me he caído, y creí que me había roto la pierna?

—Es verdad,—pensé,—Grapp no es más que un llorón; Sergio sí que es un valiente; ¡es muy valiente!

No comprendí que la pobre criatura no lloraba tanto por el dolor físico como por que los cinco chicos á quienes quizá él quería se unían, sin razón alguna, para odiarle y atormentarle.

Aun hoy no me explico mi crueldad en aquella circunstancia. ¿Por qué no me uní con él? ¿por qué no le defendí?

¿Por qué no lo consolé? ¿Qué se había hecho de aquella piedad que me arrancaba ardientes lágrimas al ver á un pajarillo caído del nido ó á un perrito recién nacido, que se lo llevaban para arrojarlo al agua, ó un pollo de quien se apoderaba el pinche de la cocina para degollarlo?

¿Estaba aniquilado en mí el hermoso sentimiento de la piedad, sofocado por la pasión que me inspiraba Sergio ó por el deseo de mostrarme tan insensible como él? ¡Triste pasión y triste deseo! A ellos debo las únicas manchas que expongo en estas páginas en que trascribo mis memorias de la infancia.

## CAPITULO XV

### La llegada de los invitados

Por la noche esperábamos á mucha gente; era fácil notarlo por la febril actividad que reinaba entre la servidumbre, por la brillante iluminación que daba una fiso-

nomía nueva y un aire de fiesta á los objetos familiares del salón y de las salas adyacentes. El príncipe Ivan Ivanovitch había enviado la música y era seguro que lo había hecho con algún fin.

Cada vez que oía un coche me precipitaba á la ventana, me ponía las palmas de las manos en las mejillas y pegando la nariz al vidrio miraba á la calle con curiosidad é impaciencia. Al principio no distinguía nada en la obscuridad; pero poco á poco emergía de la sombra la tiendecilla de enfrente con su farolillo, después aparecía la gran casa de al lado con sus dos ventanas del piso bajo alumbradas y por último en medio de la calle el farol de algún pobre coche de alquiler que la atravesaba.

Al fin vino un coche á detenerse ante nuestro portal. De seguro que eran los Ivine, que habían prometido venir muy temprano; corrí á recibirlos á la antecámara. En vez de los Ivine, aparecieron tras un lacayo que abría la puerta dos personas de sexo femenino; la una de ellas era alta y estaba envuelta en una capa azul con el cuello de marfil; la otra muy pequeña, toda arrebujada en un chal verde, de donde salían únicamente dos piecitos con sus escarpines de pelo. Creí obligación mía hacer un saludo, pero la señorita, sin curarse de mi presencia, se colocó ante la señora y se quedó inmóvil. La señora quitó el pañuelo que envolvía la cabeza de la pequeña y el chal. Cuando el criado tomó aquellos objetos y le quitó á la una los escarpines de pelo, apareció una encantadora niña de doce años en traje de muselina, corto y escotado y con pantaloncitos blancos. Llevaba zapatitos bajos y negros y una cinta de terciopelo negro al rededor del cuello blanco. Su cabecita estaba toda rizada y los bucles castaños se adaptaban tan bien á su rostro radiante de belleza y á sus hombros desnudos, que el mismo Carlos Ivanovitch no me hubiera podido hacer creer que aquellos ricitos habían estado todo un día envueltos en trocitos de papel de la *Gaceta de Moscov* y que debían su forma al hierro ca-

liente. Para mí la joven había nacido ya con aquella cabeza rizada.

Lo que más admiraba en ella eran los ojos, muy rasgados y en forma de almendra; su grandor formaba un extraño contraste con su boca pequeña. Sus labios cerrados casi siempre y la mirada cuya expresión era muy seria, formaban en su conjunto uno de esos rostros en los que no se espera la sonrisa y en donde por consiguiente la sonrisa es más fascinadora.

Me deslicé en la sala evitando llamar la atención, y me pareció muy distinguido el dar unos pasos de arriba abajo con el aspecto de un hombre ensimismado que no se fija en nada.

Cuando las invitadas estuvieron en mitad de la sala fingí despertar de mi sueño, hice una inclinación y les dije que mi abuela las esperaba en el salón. La señora Valakine me hizo con la cabeza una seña afectuosa; su rostro me agradó muchísimo, porque encontré en él un gran parecido con su hija Sonia.

Mi abuela pareció muy contenta al ver á la niña; la hizo acercarse, y le arregló un rizo que se obstinaba en caerle sobre los ojos; después se quedó mirándola y exclamó con ternura:

—¡Qué lindísima está!—Sonia sonrió y al ruborizarse se puso tan graciosa que me sonrojé yo á mi vez al mirarla.

—Espero que no te aburrirás aquí, niña mía,—dijo mi abuela cogiéndole la barba y levantando su cabecita.—Diviértete mucho y baila cuanto quieras. Ya tenemos una señorita y dos caballeros,—añadió volviéndose á la señora Valakine y tocándome el hrazo.

Esta manera de acercarnos uno á otro me produjo tanto placer, que me puse aún más colorado.

Sentía que mi timidez iba creciendo; así cuando oí que llegaba otro coche aproveché la ocasión para alejarme. En la antesala encontré á la princesa Kornakof con su hijo y

un número increíble de chicas, todas de la misma fisonomía, todas parecidas á su madre, todas feas; gracias á su uniformidad ninguna atraía especialmente la atención. Apenas se quitaron los abrigos y los boa del cuello, se pusieron á hablar todas al mismo tiempo con sus vocecitas agudas y á reir de verse tantas juntas sin duda.

El hijo, Esteban, era un chico de quince años, alto y grueso, con un rostro algo ajado, con ojos hundidos que lanzaban profundas miradas y con unos pies y unas manos enormes para su edad. Era muy desgarrado y tenía una voz agria y chillona, pero parecía muy pagado de sí mismo.

Así es precisamente como me figuraba yo á un niño que recibía frecuentes azotes.

Nos quedamos plantados por un instante el uno frente al otro sin hablar y observándonos mutuamente. Al fin dimos un paso el uno hacia el otro como para abrazarnos, pero después de mirarnos á la cara cambiamos de opinión.

Cuando todas las hermanas desfilaron ante nosotros con gran ruido de faldas, pregunté á Esteban, con el fin de entablar conversacion, si no habían venido muy apretados en el coche.

—No lo sé,—me respondió con indiferencia.—Yo no voy nunca en coche, porque mamá sabe que me hace daño y me mareo. Cuando salimos por la noche siempre voy en el pescante; es más divertido; se vé todo y Felipe me deja guiar. Muchas veces tomo la fusta y á los transeuntes, ¿me entiende usted? á veces...—E hizo un gesto expresivo.—¡Es tan bonito!

—Excelencia,—dijo un lacayo que entró.—Felipe pregunta en donde ha dejado usted la fusta.

—¿Qué dónde la he dejado? ¡Se la he devuelto!

—El dice que nó.

—Entonces la habré colgado del farol.

—Felipe dice que no, y V. E. haría mejor en confesar

que la ha perdido; si no Felipe se verá obligado á pagar de su bolsillo estas distracciones,—dijo el lacayo irritado, animándose más.

Tenía este hombre un aire respetable y atrevido. En la manera como tomaba partido por Felipe se veía que estaba resuelto á poner en claro las cosas. Por un sentimiento espontáneo de delicadeza me eché á un lado, fingiendo no ver ni oír nada. En cambio, los criados que se encontraban en la antesala se acercaron mirando á su viejo colega y aprobando sus dichos.

—¡Pues bien, sí, la he perdido!—dijo Esteban eludiendo toda explicación,—y se la pagaré. ¡Hay para reventar de risa!—añadió acercándose á mí y llevándose hacia la sala.

—Hágame usted el favor de decirme, señorito, ¿cómo la va usted á pagar? Ya sabemos como lo paga usted todo. En ocho meses no ha dado usted más de veinte kopeks en junto á María Vasilievna y á mí otro tanto en dos años; á Pedro...

—¡Quieres callarte!—gritó el joven príncipe poniéndose pálido de cólera.—¡Lo diré!

—¡Lo diré! ¡lo diré!—dijo el lacayo.—Eso no está bien, ¡Excelencia!—gritó con doble energía en el momento en que entrábamos en el salón y el lacayo se llevaba los abrigos.

—¡Tiene mucha razón!—dijo á nuestra espalda, aprobando á su colega, una voz en la antesala.

Mi abuela tenía un dón especial para expresar su modo de pensar sobre las personas por la manera como distribuía el *tú* ó el *usted*. Cuando el joven príncipe fué á saludarla, le dijo algunas palabras, hablándole de usted con tal desprecio, que en su lugar yo no habría sabido como contener mi disgusto.

Pero Esteban era de otra pasta, y así, no hizo el menor caso de la acogida de la abuela y saludó á todos, si no con gracia al menos con ademán muy desenvuelto

Sonia atraía toda mi atención. Recuerdo que mientras charlábamos Volodia, Esteban y yo en un rincón de la sala, desde donde se podía ver á Sonia y ser visto y oído, me esforzaba yo en hacerme oír de ella; siempre que decía yo algo que me parecía chistoso, ó cuando soltaba una fanfarronada, alzaba y dirigía una mirada hacia ella. Cuando, por el contrario no podía ella vernos ú oírnos, no tomaba interés alguno en la conversación y me callaba aburrido.

El salón y la sala se llenaron poco á poco. Como sucede siempre en los bailes de niños, hay entre los invitados algunos jóvenes que no quieren perder una sola ocasión de divertirse y que bailan,—según dicen,—por dar gusto al ama de casa.

Cuando llegaron los Ivine, en vez de la alegría que de ordinario me causaba la presencia de Sergio, sentí una especie de irritación al pensar que él vería á Sonia y que sería visto por ella.

## CAPITULO XVI

### Antes de la mazurka

—¡Parece que hay aquí deseos de bailar!—dijo Sergio, saliendo del salón y sacando del bolsillo un par de guantes de piel muy nuevos.—Es preciso ponerse los guantes,

—¿Cómo nos arreglaremos nosotros?—pensé.—No tenemos guantes; es necesario ir á buscarlos.

Pero por más que revolví todos los cajones de la cómoda, sólo encontré nuestros guantes de viaje de lana verde y un guante de piel que no me podía servir por tres razones; ante todo estaba muy sucio y viejo; luego era demasiado ancho para mí y por último le faltaba el dedo del medio, que Carlos Ivanovitch había cortado una vez en que tuve un dedo malo y le fué preciso servirse de un dedal.

A pesar de todo me calcé aquel resto de guante y me puse á mirar el dedo de enmedio que salía y que invariablemente estaba cubierto de tinta.

—¡Si estuviese aquí Natalia Savishna, encontraríamos guantes en sus cofres! Es imposible bajar de este modo, pues si me preguntan por qué no bailo ¿qué he de responder? Tampoco puedo quedarme aquí porque pronto notarán mi falta los de abajo.

—¿Qué hacer?—dije levantando las manos.

—¿Qué estás haciendo aquí?—me preguntó Volodia que entraba en aquel momento.

—Ven pronto á invitar á una de esas señoritas... Van á comenzar.

—Volodia,—exclamé mostrándole la mano, con el guante por cuyo dedo cortado salían dos de los míos.—¡Volodia! ¿no has pensado tú en esto?—añadí con voz que revelaba una situación desesperada.

—¿En qué?—me preguntó con impaciencia.—¡Ah! ¡los guantes!—añadió con la mayor indiferencia mirando mi mano.—Es verdad, no tenemos ningún par. Será preciso decirselo á la abuela.

—Veremos lo que dice.

Y sin pensar más en ello, bajamos corriendo.

La sangre fría con que trataba una cuestión que me parecía tan importante, me calmó. Entré en el salón á toda

prisa, olvidando absolutamente el horrible guante que conservaba en la mano izquierda.

Me acerqué con precaución á la poltrona de mi abuela, la tiré ligeramente de la manteleta y le dije en voz baja:

—Abuela, ¿qué hemos de hacer? ¡no tenemos guantes!

—¿Qué dices, querido mío?

—Que no tenemos guantes,—repetí acercándome un poquito más y apoyando las manos en el brazo del sillón.

—¡Bueno! ¿y esto?—dijo cogiéndome de pronto la mano izquierda.—Vea usted, querida,—continuó volviéndose á la señora Valakhine,—vea como este mocito se ha puesto majo para bailar con su hija de usted.

La abuela me retenía por la fuerza y miraba á los circunstantes con aire de interrogación; no me soltó hasta que la curiosidad de todos los invitados quedó satisfecha y la risa fué general.

Me había mortificado grandemente que Sergio me hubiera visto en aquella situación, todo lleno de confusión y de vergüenza, mientras hacía vanos esfuerzos por retirar la mano: pero no experimenté ningún embarazo ante Sonia, que se reía tanto que le saltaron las lágrimas, mientras sus bucles le bailaban alrededor de la carita rosada. Comprendí que su risa era demasiado franca para ser mala; por el contrario, el vernos reír uno frente á otro constituía una especie de intimidad que me conmovía. El episodio del guante podría haber tomado un mal sesgo, pero para mí tuvo la ventaja de prestarme un poquito de aplomo y establecer alguna confianza con la sociedad del salón, que al principio me había asustado.

Los ahogos de las personas tímidas proceden muchas veces de no conocer la impresión que han producido en los demás; pero siempre que esta impresión, sea la que fuere, se nos ha manifestado claramente, desaparece el sufrimiento.

¡Qué graciosa estaba Sonia Valakhine cuando en una

de las figuras que formaba con aquel imbécil de Kornakof me hacía *vis-a-vis*! ¡Con qué dulce sonrisa me alargaba su manecita al hacer la cadena! ¡Con qué donaire se movían sus bucles castaños sobre su cabecita, y con qué naturalidad seguían sus pies el ritmo de la música! En la cuarta figura, cuando mi pareja pasó frente á mí y yo tuve que hacer mis pasos solo, Sonia apretó los labios, se puso seria y volvió á otro lado la cabeza, mientras que yo aguardaba el momento de entrar en baile. Pero hacía mal en temer por mí, pues bailé con tanta desenvoltura todos los pasos de rigor y al acercarme á ella le mostré tan alegremente el guante con los dedos visibles por el agujero, que ella prorrumpió en una carcajada cordialísima y sus pies se agitaron con mayor gracia sobre la alfombra.

Recuerdo también que en el momento en que formábamos un corro cogidos todos de la mano, ella se inclinó y se rascó la punta de la nariz con su guante sin soltarse de mí. Aún recuerdo todos estos pequeños incidentes como si fueran de ayer, y siento la música de la *quadrille* á cuyo sonido se desarrollaron todos estos hechos.

Bailé la segunda *quadrille* con Sonia. Cuando me sentí tan cerca de ella me turbé terriblemente y no sabía que decir. Mi silencio se prolongaba demasiado y temí que me juzgase tonto; adopté pues la resolución de sacarla á toda costa de semejante error.

—¿Habita usted en Moscou?—le pregunté en francés. Recibí una respuesta afirmativa y proseguí:—Yo no he frecuentado aún la capital.

Esperaba un grande éxito del empleo de la palabra *frecuentado*, pero sentí inmediatamente que después de un *debut* tan brillante que mostraba cuan fuerte estaba yo en el francés, me sería imposible el mantener la conversación á tanta altura. Volví, pues, á quedarme mudo. La miré con inquietud, deseaba saber la impresión que producía yo en ella y esperaba que viniese en mi auxilio.

—¿En dónde ha encontrado usted ese guante tan ridículo?—me preguntó de pronto, y esta pregunta fué un gran alivio para mí. Le expliqué que el guante era de Carlos Ivanovitch y me extendí en hablar con cierta ironía sobre la persona de mi preceptor. Le dije cuán grotesco era cuando se ponía el gorro encarnado; que un día se había caído del caballo con su gabán verde y todo, precisamente en medio de un estanque, etc., etc. La *quadrille* me pareció tan corta, que el tiempo pasó como un relámpago.

Pero ¿por qué me burlaba de Carlos Ivanovitch? ¿Habría perdido acaso la estimación de Sonia si le hubiese hablado de él con la afección y el respeto que me inspiraba?

Cuando terminó la *quadrille*, Sonia me dió las gracias con gran gentileza, como si de veras me conservase mucha gratitud. Yo me sentía entusiasmado y no cabía en mí de alegría: no me reconocía á mí mismo; ¿en dónde me había aprendido aquella desenvoltura, aquel desenfado que rayaba en audacia?

—Nada en el mundo logrará intimidarme,—pensaba al pasear con gran desparpajo por el salón.—¡Estoy dispuesto á todo! Sergio me propuso que le hiciese *vis a vis*.—Está bien,—le dije,—no tengo pareja, pero ya encontraré una.

Eché á mi alrededor una mirada resuelta y ví que no quedaba más señorita libre que una bastante crecida, que estaba en pie junto á la puerta. Bien noté que se dirigía hacia la doncella, para invitarla seguramente, un jovencito; no estaba ya más que á cuatro pasos de ella mientras que yo me encontraba casi en el otro extremo del salón. Volé recto hacia ella, en un abrir y cerrar de ojos llegué á su lado, la hice una inclinación y con voz firme le supliqué me concediese el honor de la *quadrille*. La señorita se sonrió con gesto de protección, me dió la mano y el joven se quedó sin pareja.

Tenía tal confianza en mí, que ni siquiera presté aten-

ción al despecho del joven. Supe después que preguntó quién era aquel chicuelo de cabeza tan crespa que le había quitado en sus barbas la pareja.

## CAPITULO XVII

### La mazurka

El joven á quien yo había quitado la bailarina formaba parte de la primera pareja de la mazurka. Avanzó teniendo la mano á su dama, pero en vez de ejecutar el *pas de basques*, como nos había enseñado Mimi, se contentó con correr hacia adelante. Cuando llegó al rincón opuesto del salón se detuvo, golpeó el suelo con el tacón, dió media vuelta, luego un saltito y volvió á emprender la carrera.

Yo no tenía pareja para la mazurka; me había sentado detrás del sillón de la abuela y estaba mirando á los demás.

—¿Qué está haciendo ese?—me decía.—No es así como nos lo ha enseñado Mimi. Nos decía que todos bailan la mazurka con las puntas de los pies, arrastrándolos después y dando media vuelta; de seguro no es así. Pero los Ivine, Esteban, todos bailan y nadie hace el *pas de basques* y Volodia ha adoptado el nuevo método. No es feo tampoco... ¡Qué bonita es Sonia! ¡Ah! ¡ahora es su vez! Me sentía feliz.

La mazurka estaba para terminar. Algunas personas de

edad se acercaron á saludar á la abuela y se fueron sentando. Los criados atravesaban el salón evitando tropezar con los bailarines y transportaban con precaución lo necesario para preparar las mesas de la cena en el fondo.

Mi abuela sentía cansancio y se le conocía bien, pues hablaba si gana y con gesto aburrido. Los músicos empezaban por la trigésima vez el mismo aire.

La señorita alta con quien yo había bailado, que estaba haciendo una figura, se fijó en mí y me dirigió una sonrisa péfida, por dar gusto á mi abuela sin duda. A su lado estaban Sonia y una de las Kornakof.

—¿Rosa ú ortiga?—me preguntó.

—¡Ah! ¿estás tú aquí?—dijo la abuela volviéndose hacia mí.

—Anda, querido, anda.

Tenía más ganas de esconderme tras la poltrona de mi abuela que de ir á bailar; pero ¿cómo podía negarme? Me levanté y respondí:—Rosa,—mirando tímidamente á Sonia. No había tenido tiempo de reponerme cuando una mano enguantada de blanco oprimió la mía, y la joven princesa Kornakof comenzaba á balancearse dirigiéndome la más lisonjera de las sonrisas. Ella no sospechaba de seguro que yo no sabía en aquel momento lo que hacer de mis piernas.

Reconoci que el *pas de basques* no era conveniente y que atraería sobre mí una afrenta; á pesar de todo, el aire conocido de la mazurka produjo en mis nervios auditivos una excitación familiar: el oído transmitió esta excitación á las piernas, que involuntariamente se pusieron á ejecutar el paso fatal, con las puntas de los pies y con el correspondiente taconeó.

Me miraron con estupor. Mientras avancé nada extraordinario ocurrió, pero pronto noté que al dar la vuelta, no ponía mucho cuidado, tropezaba inevitablemente con mi bailarina. Para evitar este peligro me detuve, dispuesto á imitar el paso que había visto hacer con tanta elegancia

cia al joven de la primera pareja; pero precisamente en el momento en que me disponía á ejecutar el salto, la joven princesa dió una vuelta á mi alrededor y empezó á mirarme los pies con aire de imbécil curiosidad. Me confundí hasta el extremo de que en vez de bailar empecé á mover los pies, permaneciendo siempre en el mismo puesto, sin marcar el compás, del modo más extravagante. Nadie comprendía lo que hacía, y así concluí por detenerme de una vez. Todos me miraban con sorpresa y curiosidad mezclada de ironía y de compasión; sólo mi abuela me contemplaba con la mayor indiferencia.

—¡Mejor hubiera sido no bailar, puesto que no sabes!—dijo detrás de mí la voz irritada de papá, y después de haberme quitado de enmedio, tomó la mano de mi bailarina dando con ella una vuelta á la moda antigua que le valió un aplauso general y al fin la acompañó á su puesto.

En aquel momento concluyó la mazurka.

—¡Dios mío! ¿por qué me castigas tan cruelmente?... ¡Todos me desprecian y me despreciarán siempre! Todos los caminos se me han cerrado para siempre: amistad, amor, honores... ¡todo está perdido para mí! ¿Por qué me hacía señas Volodia, señas que todos notaban y que no podían servirme para nada? ¿por qué aquella odiosa princesa me miraba los piés? ¿por qué Sonia... en verdad, es muy graciosa... pero ¿por qué se sonreía? ¿Por qué papá se ha sonrojado y me ha cogido del brazo?

¡Ah! ¡quizá se avergüenza de mí! ¡Es espantoso! Si mamita hubiese estado aquí, no se habría avergonzado de su Nicolasito! Mi imaginación vuela muy lejos, hacia aquella querida ingaen... Vuelvo á ver el prado que se extendía ante mi casa, los grandes tilos del jardín, el estanque transparente sobre el cual pasaban rozando el agua con las puntas de sus alas las golondrinas, el cielo azul sembrado de blancas nubecillas, los montones de heno fresco y perfumado y otras muchas imágenes, de bellos colores que surgen en mi imaginación turbada.

## CAPITULO XVIII

### Después de la mazurka

Durante la cena, el joven á quien yo había quitado la pareja, se sentó á mi lado á la mesa y cuidaba de mí de un modo que me hubiera lisonjeado en extremo, si aún hubiera sido sensible á estas cosas después de la desgracia que había caído sobre mí.

Hubiérase dicho que quería á toda costa ponerme en evidencia; me hacía mil halagos, me escuchaba como si yo fuera uno de su edad y aprovechaba los momentos en que las personas mayores no nos miraban para llenarme el vaso de varios vinos. que me invitaba á beber.

Al fin de la cena, cuando el mayordomo se acercó con una botella de *champagne* envuelta en una servilleta, no me echó más que unas cuantas gotas; el joven insistió en que me llenase el vaso y me lo hizo beber de un trago. Sentí un calor agradable por todo el cuerpo, experimenté una gran ternura por mí protector y prorrumpí en una carcajada sonora.

De pronto la música comenzó á tocar «el Abuelo» y nos levantamos de la mesa; había llegado el término de mis relaciones con el joven. Se fué con las personas de edad y yo, no teniendo valor para seguirle, fui á escuchar lo que la señora Volakhine decía á su hija:

—¡Media horita más!—decía Sonia en tono persuasivo.

—Es imposible, ángel mío.

—Te lo suplico, hazlo por mí,—insistía con voz acariciadora.

—¿Y si mañana estoy enferma?—preguntó la señora Valakchine, cometiendo la imprudencia de sonreirse.

—¡Oh! ¡me lo permites! ¡nos quedamos! ¿verdad que sí?

—Es preciso hacer siempre lo que tú quieres. ¡Ea! vete á bailar... mira... aquí tienes tu pareja.—dijo, volviéndose hacia mí.

Sonia me dió la mano y corrimos hacia la sala.

El vino bebido, la presencia de Sonia y su alegría me hicieron olvidar del todo el triste final de mi mazurka.

Hice pasos muy cómicos; ora imitaba el caballo y andaba al trote corto levantando mucho los pies; ora triscaba imitando á una cabra que hace frente á un perro y me reía con todas mis fuerzas sin preocuparme de lo que pensarían de mí los espectadores. También Sonia se reía sin tregua, y dábamos mil vueltas cogidos de la mano, riendo siempre. Mirámos á un viejo que extendía las piernas con mucha precaución como si esto le costase mucho trabajo y ella se reía;—vimos un pañuelo caído en el suelo y Sidonia prorrumpió en otra carcajada; hice una pirueta para mostrar mi habilidad y se desternillaba de risa.

Al atravesar el gabinete de abuela, dí una ojeada al espejo y me ví todo bañado en sudor, el traje en desorden y los cabellos más enmarañados que nunca.

A pesar de esto, mi cara tenía una expresión agradable, un aspecto de salud y de alegría que me satisfizo.

—«Si siempre fuera así,—pensé,—yo también podría agradar».

Pero cuando volví los ojos al rostro gracioso de mi pareja y observé su belleza delicada y exquisita, unida á la expresión de salud, de alegría y de aturdimiento que había notado en mí mismo, me enfurecí contra mi propia fealdad y comprendí lo absurdo de esperar que yo pu-



diera atraer la atención de una criatura tan maravillosa.

No conservaba la esperanza de ser correspondido, no pensaba siquiera en ello, pues mi alma no lo necesitaba para rebosar de felicidad. No sabía que más allá del sentimiento del amor que inundaba mi corazón de alegría, existe un bien aun más grande, no sabía que además de un amor inmortal se podía desear algo más alto. Estaba contento así; mi corazón latía como el de una paloma, la sangre fluía á él sin tregua y sentía deseos de llorar.

Nos fuimos al corredor, y al pasar por delante de un cuartito obscuro que había debajo de la caja de la escalera, le miré y pensé: —¡Qué felicidad el poder pasar toda mi vida con ella en ese cuartito obscuro, sin que nadie supiera que estábamos ahí!

—Nos hemos divertido mucho esta noche; ¿no es verdad?—dije con voz baja y temblorosa, apretando el paso y asustado menos de lo que había dicho que de lo que habría querido decir.

—¡Oh sí!... ¡mucho!—respondió Sonia volviendo su cabecita hacia mí con expresión tan franca y tan bondadosa, que todo mi temor se disipó.

—Sobre todo después de cenar... ¡Si supiera V. cuánto siento (quería decir: ¡Qué triste me quedaré!) ¡cuánto siento que V. se marche y que no podamos vernos más!

—¿Por qué no hemos de vernos más?—dijo Sonia mirando la puntita de sus zapatitos y pasando su dedo por un biombo por delante del cual cruzábamos.—Todos los martes y los viernes mamá y yo vamos á paseo en coche, al baluarte de Zverskoe.

—¿No va V. nunca á paseo?

—El martes pediremos permiso para ir á paseo y si no me lo dan escaparé aunque sea sin sombrero; ya sé el camino.

—¿Sabe V. una cosa?—dijo Sonia de pronto.—Hay muchos niños que vienen á mi casa y á quienes les hablo de

tú.—Tuteémonos también. ¿Quieres?—añadió sacudiendo la cabeza y mirándome á los ojos.

En aquel momento entrabamos en la sala donde habían comenzado á bailar con la mayor algazara otra parte del «Abuelo».

—¿Baila V?... ¿bailas conmigo?—le dije aprovechando un momento en que la música y el ruido podían ahogar mi voz.

—Bailaré,—contestó Sonia riendo.

El «Abuelo» terminó sin que me yo hubiese atrevido á dirigirle una sola frase tuteándola; aunque había arreglado mentalmente algunas en las que se repetía el *tú* varias veces, me faltó el valor. «¿Quieres? ¿Bailas?...»—estas palabras resonaban aún en mis oídos embriagándome de felicidad. No veía nada ni á nadie á excepción de Sonia.

Al retirarse vi como le anudaban los cabellos, recogíendole los bucles detrás de las orejas, descubriendo así sus sienas y una parte de su frente que yo no había visto aún. Vi como la envolvieron desde la cabeza hasta los pies en su chal verde, de modo que no se le veía más que la punta de la nariz. Noté que con los deditos rosados se arregló una abertura para no ahogarse y por último vi que al bajar la escalera detrás de su madre se volvió vivamente hacia donde estábamos, haciéndonos un saludo con la cabeza antes de desaparecer por la puerta.

Volodia, los Yvine y el joven príncipe, todos estábamos enojados de Sonia, todos nos detuvimos en lo alto de la escalera para seguirla con los ojos. No sé á quien se dirigía aquella inclinación de cabeza; pero en aquel momento estaba firmemente convencido de que era á mí.

Al despedir á los Yvine lo hice con gran desenvoltura, y al dirigirme á Sergio le toqué ligeramente la mano. No sé si él comprendería que á partir de aquel instante había perdido mi amistad y su imperio sobre mí; lo cierto es que manifestó su disgusto aunque se esforzaba en demostrar perfecta indiferencia.

Por la primera vez en mi vida había variado en mis afectos y por la primera vez sentía con el cambio un suave placer. Me parecía muy hermoso trocar un sentimiento que ya había pasado al estado de hábito, y que por decirlo así había sido despreciado, en un amor fresco, desconocido y lleno de misterio.

Además, cesar de amar y comenzar de nuevo á amar al mismo tiempo es amar dos veces.

## CAPÍTULO XIX

### En mi cama

¿Cómo he podido querer á Sergio tan ardientemente y por tanto tiempo?—me repetía después de acostarme en mi camita.—No, él no me ha comprendido, ni apreciado, ni mereció mi afecto... ¿Y Sonia? ¡Qué amable es! «*Quieres... á tí te toca, atrévete.*»

Me revolvía, excitado por el júbilo, al pensar en su carita vivaz. Tiré del edredon hasta cubrirme con él la cabeza, envolviéndome de modo que estaba absolutamente escondido bajo él. Comencé á sentir un calor delicioso y me perdí en sueños y en recuerdos los más dulces y agradables. La veía tan distintamente como una hora antes; hablaba con ella á solas y esta conversación, falta de sentido, me proporcionaba alegrías inefables porque contenía *tú* y *tus* á manos llenas.

Aquel soñar despierto tenía tal apariencia de realidad y me procuraba tanto placer y tal emoción, que me impidió dormir. Sentía la irresistible necesidad de manifestar á otros la felicidad que llenaba mi corazón.

—¡Qué hermosa es!—dije en alta voz, volviéndome de pronto hacia el otro lado.—¡Volodia! ¿duermes?

—No,—respondió con voz soñolienta.—¿Qué quieres?

—Estoy enamorado, Volodia, estoy enamorado de veras de Sonia.

—Bueno, ¿y qué?—respondió esperezándose.

—¡Oh Volodia! no puedes imaginar lo que me pasa... Ves, había metido la cabeza bajo el edredon y la veía como si estuviese aquí mismo y le hablaba... ¡Qué cosa más rara! Y después ¿sabes? Cuando estoy aquí, en la cama y pienso en ella, me pongo triste, Dios sabe por qué y tengo ganas de llorar.

Sentí que Volodia se removía en su cama.

—No deseo más que una cosa,—continuó,—estar siempre á su lado, verla siempre y nada más. ¿Y tú no estás enamorado, Volodia? ¡dí la verdad!

¡Cosa extrañal deseaba que todos estuvieran enamorados de Sonia y me lo dijeren.

—¿Qué te importa?—dijo Volodia volviéndose hacia mí.—Puede ser...

—¡Tú haces como si durmieras, pero no tienes gana!—exclamé al notar sus ojos muy abiertos que no parecían dispuestos á cerrarse al sueño.

Rechazé el edredón y repuse:

—¡Hablemos de ella! ¿No es verdad que es muy bonita?... la quiero tanto que si me dijera: «Nicolás, tiráte por por la ventana» «Echáte al fuego,» te juro que lo haría en seguida y con gusto. ¡Ah! ¡cuán bella es!—añadí representándomela en mi fantasía, y para gozar mejor de su imagen, me volví del otro lado y escondí la cabeza bajo la almohada.

—Tengo grandes deseos de llorar, Volodia,

—Anda, tonto,—me dijo sonriendo, y después de un momento de silencio, añadió:

—Yo no soy como tú. Si fuese posible, querría más bien estar sentado á su lado y charlar con ella...

—¡Ah! ¿tú también estás enamorado?—le interrumpí.

—Después,—prosiguió Volodia sonriendo amorosamente,—después le besaría los deditos y los ojos y la boquita y la naricita y los piececitos... la besaría toda...

—¡Qué necesidad!—grité, desde mi cabecera.

—¡Tú no sabes nada!—dijo Volodia con desprecio.

—¡Qué yo no sé nada! ¡tú eres el que no sabe nada y no dices más que bestialidades,—respondí llorando.

—¡No veo el motivo para llorar! ¡Habrás majadero!

## CAPITULO XX

### La carta

El 16 de Abril, unos seis meses después de la velada que he descrito, vino mi padre á nuestra clase y nos anunció que partiríamos con él aquella misma tarde para el campo. A esta noticia sentí oprimirse mi corazón y pensé al punto en mamá.

La causa de esa imprevista partida era la carta siguiente:

«Petrowskoë, 12 de Abril.

»Son las diez de la noche y acabo de recibir tu estima-

da del 3 del corriente. Como de costumbre, voy á contestarte en seguida. Fedor vino de la ciudad ayer, pero como era ya tarde, no entregó la carta á Mimi hasta esta mañana y Mimi, con el pretexto de que me hallaba indispueta y algo agitada, no ha querido dárme la hasta esta noche.

»Tengo, en efecto, un poco de fiebre, y si he de decirte la verdad, hace cuatro días que no me siento muy bien y que no me levanto de la cama.

»No te asustes, te lo ruego, amigo mío; no estoy tan mala, y si Ivan Vassilich me lo permite, mañana me levantaré.

»El viernes de la semana pasada salí en coche con las niñas y un poco antes de llegar á la carretera, junto al puentecillo que siempre me ha inspirado tanto temor, se atascó el coche. El tiempo era espléndido y se me ocurrió la idea de proseguir el paseo á pie en tanto que lo desatascaban.

»Cuando llegué á la capilla, me hallaba muy fatigada y me senté para reposar, pero como fué precisa más de media hora para llamar gente y poner el coche en buen estado, sentí mucho frío, sobre todo en los pies, porque llevaba zapatos y se me habían mojado enteramente.

»Después de almorzar, tuve escalofríos y un poco de fiebre, pero no quise acostarme y después del té con Liubotsñka (¡si la vieras tan crecida, no la conocerías!) me sentí indispueta y me ví obligada á llamar.

»¡Imaginate mi estupor al advertir que no sabía ya contar el tiempo! Lo probé varias veces, pero sentía una gran confusión en la cabeza y los oídos me zumbaban muchísimo. Contaba uno, dos, tres y después ocho, quince... notaba que me equivocaba, pero era inútil, ¡no podía contar bien! Al fin Mimi acudió en mi auxilio y casi á la fuerza me hizo meter en cama.

»Vé, pues, amigo mío, como por mi culpa me he puesto enferma.